

espiritual de magnanimidad y entusiasmo; no olvides que cuando el sol sale no amanece para todos; sólo es nuevo el día para aquel a quien trae un nuevo afán; pues en el goce que nos produce el renovarnos es donde radica el verdadero amanecer del alma; riega con el frescor de nobles ambiciones la llegada de la mañana y ellos absorben el jugo de los deseos, tamizando y desechando las armas de los impulsos sin valor; hazlo, si has de honrar al héroe, al hombre ejemplar.

Envío.—Yo a mi vez, evocando su áurea figura dígoles: ¡Martí! Jerarca eterno del alma cubana, luz en la noche, recibe en este día la ofrenda conmovida y filial, no de la España oficial que te hiciera sufrir, sino de la España que tú amaste; de la que como tú, Maestro, vivió y vive acongojada por hambre y sed eterna de justicia!

FERNANDO DE LOS RÍOS

UNIVERSIDAD DE GRANADA

UN ESCRITOR COSTUMBRISTA ARGENTINO. APOSTILLAS A FRAY MOCHO

SABIDO es que escritores a los cuales ha alabado una generación hasta lo infinito, son negados por la siguiente, vueltos a alabar o a renegar por las otras y así, en una como pleamar de juicios contradictorios, llevados y traídos por las olas del tiempo, hasta quedar fijos en la inmortalidad u olvidados. Sobre *Fray Mocho* no se ha podido decir aún la palabra definitiva, ha faltado tiempo; mas un hombre de varias generaciones posterior a la suya, bien puede intentar una revisión de valores acerca de él: es a lo que espero contribuir con estas apostillas, ya que el estudio meditado y sereno que se merece su obra tan típica deberá ser hecho por un profesional de la crítica, analizando la figura de este pintoresco *Fray Mocho*, cuya influencia en la literatura argentina es más vasta de lo que a primera vista se creyere. Su obra proyecta una larga sombra, prueba de que su altura es prócera.

Tierra fecunda en artistas—porque lo fué en héroes—es Entre Ríos, provincia natal de José Sixto Álvarez (*Fray Mocho*). De Entre Ríos son Martiniano Leguizamón y Evaristo Carriego, de perfil tan nítido, por no citar más que a pocos; y en Entre Ríos están inspirados los bocetos que Alberto Gerchunoff publicara en *Los gauchos judíos*; de allí también sacó Florencio Sánchez sus agrias escenas de *Barranca abajo*; y en Entre Ríos está inspirado *Un viaje al país de los matreros*, el libro que atrajo sobre *Fray Mocho* la atención de los buenos catadores de lo bello y sabroso. Antes, y bajo otro seudónimo, había publicado *Memorias de un vigilante*, lleno de observación aguda, gracia picaresca y soltura de estilo.

Reparemos en estas tres cualidades, porque son las virtudes del *Fray Mocho* artista. Su primer libro anuncia bien al pintor de costumbres y de tipos que será el autor de *Un viaje al país de los matreros*; y anuncia también a

un humorista, flor que escasea tanto en los predios de raza española. En toda la literatura nacional, anterior a la época contemporánea, sólo hallamos tres humoristas: Eduardo Wilde, Roberto Payró y *Fray Mocho*. El primero es descendiente de ingleses, y su humorismo es sajón: frío y sonriente. Payró tiene un humorismo cervantesco, entronca con la picaresca española; es un humorismo melancólico, pensativo, el suyo. *Fray Mocho*, en cambio, ríe con fresca y sonora carcajada, a lo gaucho. Es burlón y alegre su humorismo, y en eso finca la diferencia que hace de *Fray Mocho* un escritor popular. Y no va en esto mengua alguna para aquéllos; están con Aristófanes, el gran satírico griego, y en buena compañía.

Fray Mocho dejó una obra que es como un fruto brotado casi a la ventura, entre los breñales de la vida; y a éstos, no a los jardines, va a buscar el pueblo sus artistas, los que han de henchirle el pecho de emoción generosa.

Pero volvamos a *Un viaje al país de los matreros*. Se pintan aquí con pluma que por lo exuberante de color parece pincel, escenas y personajes semibárbaros, vividos y vistos en las márgenes de los ríos y arroyos de Entre Ríos o entre sus boscajes. Todo ello, para el ambiente de esta ciudad cosmopolita, era evidentemente más exótico que los versos greco-parisienses de las *Prosas profanas* de Darío. Las psicologías de hadas, princesas y centauros, eran más accesibles a los escritores argentinos que la psicología de esos gauchos rudos. Y los paisajes de Versalles se veían mejor que los arrancados a una naturaleza tropical. Esto perjudicó al libro ante la crítica, sin mengua más que para la crítica, porque *Un viaje al país de los matreros*, de sabor agrio, pero sabroso, fué gustado por algunos pocos de los mejores. Para los gacetilleros que hacían crónicas en los diarios, el autor de aquel libro era un simple fotógrafo. Reproducía lo visto y nada más. Carecía de imaginación, escaseaba en fantasía. *Fray Mocho* les respondió con otro libro: *En el mar Austral*. Y se le volvió a hallar las cualidades y defectos del anterior: "Tenía realidad el libro, pero su autor no abundaba en

fantasía. Copiaba lo visto." Fué entonces cuando *Fray Mocho* confesó que jamás había ido a Tierra del Fuego, que nunca había visto las escenas que relataba, ni hablado con los personajes de su libro: criaturas de su imaginación, fruto de su fantasía. Sin embargo, para mí, muestra más imaginación en *Un viaje al país de los matreros* que *En el mar Austral*. Con respecto a la fantasía se tienen muy peregrinas ideas que es útil rebatir. Al que escriba un viaje a la luna o un viaje al centro de la tierra se le ha de reconocer como un poderoso imaginativo; pero al que nos describa las escenas que vió en un conventillo suburbano, por ejemplo, no se le reconocerá fantasía. Y es que el vulgo confunde divagador con fantasista, imaginador con imaginativo.

El verdadero imaginativo, el ser que tiene el don poético por excelencia, por el cual Shelley definía al poeta: "Poeta es el que piensa con imágenes," es el que sabe hallar correlaciones, simplemente, no el que se pierde por los meandros de la divagación. Tira un puente que une dos seres u objetos vulgares, y así crea la imagen, establece como un parentesco entre las cosas, halla lazos de semejanza que pasaban inadvertidos para todos. Es, pues, un fraternizador. Así Victor Hugo ve en la media luna, la hoz que olvidara allí un segador. La luna y la hoz son cosas bien vulgares; pero la metáfora que las une nos asombra, y nos revela al imaginativo que vió lo que tantos miraron y no vieron.

Fray Mocho, fecundo creador de imágenes, es un imaginativo, y es un hombre de poderosa fantasía también, porque supo hallar belleza de las cosas familiares. No tuvo necesidad de inventar Cipangos ni ensoñar Stambules quiméricos. Se confunde el delirio de la fiebre con la imaginación; error y grande. La fantasía verdadera y sana está en hallar la poesía de la realidad. A esto se han encaminado los artistas de América, después de haber saltado de libro en libro y producido una efímera literatura libresca que sólo dió flores de trapo. El artista debe escribir lo que antes vivió; sólo así demostrará que es un

imaginativo, y sólo así perdurará lo que escriba. *Fray Mocho*, en este sentido, fué un maestro; muchos años antes había hallado esta verdad por cuenta propia. Ahí están sus cuentos que lo atestiguan.

En dos tomos: *Cuentos de Fray Mocho y Salero criollo*, se hallarán reunidas esas páginas en las que el escritor presenta sus mejores quilates. Son, en mi concepto, su más intensa y original obra. Allí están reunidas sus tres virtudes: gracia (picaresca), observación (aguda) y naturalidad (soltura de diálogo). El suburbio o el campo, con sus personajes llenos de color y sus escenas típicas, viven allí, plenamente evocados y perpetuados. Miguel Cané, hombre perspicuo, le halló por ellos las cualidades de un hombre de teatro; y es así. En otro ambiente y con un hombre de vida más normal que José Sixto Álvarez, hubiera éste dado una animadísima labor escénica. Había en él fibra de comediógrafo. Cané decía: "No hubiera tenido más que poner sus personajes en escena, y hacerlos hablar." Y muchos de sus cuentos no son otra cosa. El autor puso dos ordenanzas del Congreso o un vigilante y un bombero o un carrero y una mucama, y los hizo hablar, ¡a ellos!, con su característico lenguaje, profuso en tropos. Y cómo nos deleitó y nos hizo sonreír de placer estético, haciéndonos que oyéramos a esos seres vulgares, junto a los que hemos pasado cuántas veces sin reparar en ellos, nosotros, literatos pedantes, atiborrados de leyes retóricas y de autores exóticos. ¡Y eso es imaginación, ésa es fantasía!

Fray Mocho nació en 1858 y murió en 1903, en plena madurez intelectual, cuando su observación se hacía más aguda, cuando su talento de costumbrista se asentara definitivamente posesionado del suburbio porteño, cosmopolita y cambiante. A los veinticinco años de su muerte, muchas de las escenas y tipos por él pintados nos parecen exóticos, de otra ciudad. Interesante sería el estudio que hiciese un cotejo entre el suburbio bonaerense de hoy y el que viera *Fray Mocho* con visión aún no igualada.

ERNESTO MORALES

BUENOS AIRES

GÓNGORA REVALUATED

TWO anniversaries—a king's and a poet's—were commemorated in Spain last year: the four-hundredth anniversary of the birth of Philip II and the tercentenary of the death of Góngora. Philip II has remained a foreigner to the sensibilities of our liberal, democratic world. A generation hence, in all likelihood, he will stand out, fully understood as the representative of an ideal, embodied in a host of geniuses who lived their earthly life in the sixteenth century and whose works enclose for us many instructive suggestions for the problems facing us. El Greco, St. Theresa, St. John of the Cross, Cervantes, Luis de León, el Brocense, Francisco Suárez, and many others flourished under the maligned monarch of the Spaniards. In painting, mysticism, jurisprudence, state polity, his century has nucleated fundamental notions from which we are now beginning to learn a great deal. As an illustration, we already have discovered and incorporated El Greco's masterpieces. Vitoria is one of the tutelary gods of the League of Nations. And our problem of the reconciliation of liberty and authority can receive many a hint from the up-to-the-present despised reign of Philip II.¹

Góngora has a universal significance today. Three centuries of oblivion have been lifted from his hitherto anathematized works through the valiant efforts of modern scholars and writers in Spain and elsewhere. His tercentenary offered the advocates of Góngora an opportunity for the apotheosis of his long poetical masterpieces. Just as El Greco's paintings had been stored away in the cellars of the Prado museum,² and in time of need and of preparation the neglected Hispanized-Greek's genius turned

¹ Cf. *The Religious Character of Colonial Law in the Sixteenth Century of Spain* by Fernando de los Ríos, in *Proceedings of the Sixth International Congress of Philosophy*, 1926, p. 481.

² See Meier-Graefe, *The Spanish Journey*, in particular pp. 108-109.